

OPINIÓN

SILLÓN DE OREJAS

Desjudicialicémonos
y bilateralicémonos

Por Manuel Rodríguez Rivero

1. Ratonos

Presenciar un debate como el de la investidura es al conocimiento de los pormenores de la política lo mismo que asistir a una Feria de Fráncfort es al de los negocios del libro: en dos o tres días intensos y bien aprovechados uno se hace una idea de cómo se cuece lo que se cuece y de qué va todo, más allá de las grandes palabras y los principios inamovibles. Mientras los aguerridos

neomauristas y posfascistas de Vox no paraban de agitarse y agitar en sus dispersos escaños, atragantándose con sus grandes palabras de toda la vida (patria, rey, quizás Dios), pude escuchar al señor Rufián, que siempre habla en mayúsculas y a 33 revoluciones por minuto (resultaría ideal para un curso de principiantes de español para extranjeros), desgranando un sermón tan repleto de admoniciones para la coalición a la que le han hecho la merced de apoyar, como de guiños de ojos dirigidos a que sus rivales de J-Cat no le consideren un *botfler*. Ahora que estoy presto a desjudicializarme y bilateralizarme, lo que más me interesó de su parlamento —además del tiempo que dejaba transcurrir entre sus palabras, pronunciadas como golpes de un tambor de Viernes Santo— fue la utilización de la fábula de Samaniego *El parlamento de los ratones*, a la que, casi

Ilustración para el cuento
El flautista de Hamelin.

250 años después, le puso un final en el que no había pensado el ilustrado fabulista alavés. El argumento es conocido: la asamblea de los ratones, hartos de que el morrongo Miauragato los diezme en sorpresivas razas, aprueba en sede parlamentaria ponerle un cascabel al gato para que su sonido les advierta de su proximidad y puedan ponerse a cubierto. La asamblea ratonil aprueba la medida, pero el problema surge cuando no se encuentra ningún murido que se atreva a ponerle la campanilla. Como ya se había preguntado Lope de Vega (en *La esclava de su glorián*): "¿Quién de todos ha de ser / el que se atreva a poner / el cascabel al gato?". El diputado de ERC nos lo aclara: son ellos (pero, exactamente, quiénes?) los valientes que se atreverán a colgárselo al gato que les amarga la vida (la derecha española, la monarquía y vaya usted a saber qué o quién más), Ru-

EN POCAS PALABRAS

Najat el Hachmi

"El feminismo es uno, lo que cambia es la expresión del machismo"

Nacida en Beni Sidel (Marruecos) en 1979 y criada en Vic (Barcelona), Najat el Hachmi se consagró en 2008 con la novela *El último patriarca*. Ahora publica el manifiesto feminista *Siempre han hablado por nosotros* (Destino).

¿Qué la llevó a querer ser escritora? La necesidad de gritar lo que ni siquiera podía nombrar: violencia, discriminación, malestar, pero también deseo. Escribo para rasgar todos los velos que me han impuesto.

¿Cuál es el último libro que le ha gustado? *Victor Catalá, el escritor emmascarado*, de Margarida Casacuberta. Un ensayo sobre una escritora que es un personaje apasionante. Lástima que no la conozcan fuera del ámbito catalán.

Acaba de publicar un ensayo sobre el feminismo en la cultura musulmana. ¿Podrá converger con el occidental? No hace falta que converjan porque son lo mismo. El feminismo es uno en todas partes, lo que cambia es la forma en que se expresa el machismo. En mi ensayo hablo de lo que les pasa a mujeres aquí, no en países musulmanes.

Recomiéndenos un libro que retrate bien la vida de las mujeres musulmanas. *La almendra*, de Nedjma. Aunque no es sobre la mujer musulmana, que no existe como tal, es la mejor novela que he leído sobre sexualidad femenina. Lástima que la portada en la traducción al castellano sea tremendamente orientalista.

¿Y una película? *Much Loved*, de Nabil Ayouch.

¿Qué canción escogiera como autorretrato? *Aint Got No*, de Nina Simone.

¿Qué está socialmente sobrevalorado? La imagen. En mi pueblo casi no había espejos y nos alertaban sobre los peligros que entrañan. Ahora nos estamos ahogando en una dictadura narcisista. Volvamos al tacto, el gusto y el olfato y dejemos de mirar tanto.

¿A qué escritora no occidental le daría el Nobel? A Nawal el Saadawi.

TRIBUNA LIBRE / JUAN ARNAU

Todas las almas (de la ciencia)

En las últimas décadas, Richard Dawkins se ha erigido en el sumo pontífice de la Ciencia. Así, con mayúscula y en singular. Cree y hace creer que la Ciencia es una, santa, católica y apostólica, reproduciendo algunas de las viejas manías del monoteísmo. Ante sus proclamas, los que somos paganos y pluralistas no tenemos otra opción que protestar. Las ciencias son muchas y variadas, como muchas y variadas son las culturas científicas y los métodos que utilizan. Las ciencias, cada una de ellas, ofrecen su propia visión del mundo, y esas visiones no tienen por qué ser coherentes y de hecho no lo son. Pensemos en el mundo regido por leyes matemáticas, con el que soñó Galileo y que hoy hace efectivo el *big data*, y la evolución azarosa del neodarwinismo, qué mundos tan distintos proyectan e imaginan. Las ciencias conviven unas con otras y no se escandalizan por sus miradas divergentes. Hay un pacto entre caballeros, no escrito, que básicamente consiste en no meterse en coto ajeno. A fin de cuentas, los científicos son gente disciplinada, aunque no alcancen los niveles de obediencia de los jesuitas. A ello se añade el desconocimiento profundo sobre lo que se hace en otros campos e incluso en el mismo campo entre especialidades, de ahí que una misma disciplina puede dibujar mundos diversos y hasta contradictorios. La medicina cubana dista mucho de la anglosajona, y esta de la rusa. Y no solo en sus métodos, también en sus presupuestos. Los filósofos insistimos en que toda ciencia, cualquiera que ésta sea, presupone una antropología, una concepción de lo humano. Y es claro que las antropologías son tan diversas como los pueblos.

En un reciente comunicado, la OMS ha incluido el *chi* entre las posibles causas de enfermedad. El *chi*, según la medicina tradicional china, es la energía inmaterial que recorre el organismo, lo que contradice el paradigma materialista, dominante en medicina moderna. Nuestros médicos no han tardado en protestar, aduciendo que ni las hierbas ni las agujas demuestran ser una alternativa fiable a la medicina basada en la investigación científica. Como si esa investigación fuera solo la nuestra y no la de ellos. El nacionalismo científico, como el político, está a la orden del día.

Otro factor que contribuye a la colonización intelectual es la idea de un "método científico", que está bien para las clases de secundaria, pero que no conviene extrapolarla más allá. A esta se añade la idea de unas "leyes de la naturaleza", eco de las que Moisés descargó del

Sinaí. Respecto a la vigencia de dichas leyes, no está de más recordar una anécdota muy conocida entre los historiadores de la ciencia. Niels Bohr dirigía en Copenhague el laboratorio más avanzado del mundo en ese delirio consensuado que es la física cuántica. A él acudió un joven brillante, llamado Werner Heisenberg. El genio alemán creó un modelo matemático para el átomo de hidrógeno, que asombró a todos por su elegancia matemática. Había, sin embargo, un pequeño problema. El modelo violaba el principio de conservación de la energía, la ley fundamental de la física. Bohr, que era otro genio, aceptó el envite del germano y contestó con una frase que hubiera firmado Whitehead: "Bueno, quizá en el mundo subatómico esa ley no se cumpla". La escala de observación crea el fenómeno. Y la escala de observación, como sabemos, es también cultural, histórica e idiosincrásica. Lo que un nepalí ve en la montaña no lo ve un bosquimano.

Las ciencias, esa es su magia, pueden avanzar gracias a la flexibilidad de sus métodos. Si no hay anestésicos, se recurre a la hipnosis. Como decía Wittgenstein, la exactitud depende de nuestros intereses. La imaginación de Einstein iba por delante de sus matemáticas (que no dominaba), y si se hubiera sometido al dogma de Galileo, la relatividad general nunca hubiera visto la luz. La física cuántica nos enseña que esa "escala de observación" necesariamente incluye al observador. Donde uno ve un tumor, otro puede ver un demonio. El asunto es cómo combatirlos. Promulgar y defender la unicidad del método es una forma más, la última, de imponer lucrativos monopolios. Pero las ciencias, como cualquier investigación genuina, no admiten exclusiones. En estos tiempos es los que las grandes corporaciones del *big data* tratan de imponer el último y definitivo monopolio, la uniformización total del deseo y el pensamiento, no está de más recordar a Leibniz, genial científico y humanista. Leibniz tenía una idea particular de lo real, antimoderna y antipuritana. Cualquiera cosa que digamos de eso que llamamos realidad es cierta. Lo que es falso es lo que le negamos. Gracias a ese carácter rico y polidrico de la realidad, hay tantas ciencias como acuerdos de la inteligencia humana.

La ciencia en el alma. Textos escogidos de un racionalista apasionado. Richard Dawkins. Traducción de Pedro Pacheco González. Espasa, 2019. 512 páginas. 21,90 euros.



ILUSTRACIÓN DE BETANTA

“La escala de observación, que es cultural, crea el fenómeno. Lo que un nepalí ve en la montaña no lo ve un bosquimano”